

AMOR, SEXUALIDAD Y EROTISMO FEMENINO



*Nada es más difícil que renocer la libertad del otro,
sobre todo cuando el otro es una persona que se ama
y se desea, por eso Amar es el riesgo de querer al otro
en su libertad, esperando sólo la fidelidad
que él se debe a sí mismo.*

Si escogí el presente tema para desarrollarlo en el temario de las jornadas sobre “Mujer y Sociedad”, es tal vez por su importancia en nuestras vidas y paradójicamente por su dificultad de reducirlo a una “investigación” tal y como ella se concibe en el ámbito universitario.

Sin embargo y plenamente consciente del riesgo que asumo, quiero que el amor, el erotismo y la sexualidad femenina estén presentes en la temática de las jornadas. Aún más, pienso que es un atrevimiento de mi parte, pues primero que todo no soy hombre, y en general desde hace miles de años son los hombres los que disponen de la sexualidad femenina y, por consiguiente los que hablan de ella. Prueba de ello son la gran cantidad de textos, manuales y tomos escritos por psiquiatras, sexólogos y toda clase de pensadores, que con toda seguridad por cierto, tratan de explicarnos “cómo funciona” la sexualidad femenina... algunos de ellos logrando encerrar conceptos tan complejos en curvas estadísticas, en cifras, en normas y leyes, decidiendo sobre lo normal y lo anormal, definiendo, categorizando, emitiendo, en fin, teorías completamente reduccionistas frente a ese particular encuentro de lo real, lo imaginario y lo simbólico que es la experiencia amorosa en su conjunto. Y allí encuentro la otra cara de mi atrevimiento: no tengo investigación alguna para hablarles hoy del amor, del erotismo y de la sexualidad femenina. Sólo tengo la certidumbre, tal vez la única, de haber amado. Las huellas están allí y sé que es gracias al amor que tengo por fin la cara que merezco. Entonces le robaré un espacio a la academia para recordarle que existen todavía muchos saberes que escapan a este acercamiento hipotético-deductivo de la realidad, recordarle que existen otros caminos, más len-

guajes, diferentes códigos para acercarse a los fenómenos de las ciencias humanas y que la escogencia del camino poético, por ejemplo, para hablar del amor o del erotismo no es en ningún momento menos riguroso científicamente. Sólo es otra sintaxis, otra semántica, otro código, nada más.

En otras palabras lo que voy a contar a continuación sobre el amor, el erotismo y la sexualidad femenina no tiene valor de ley, ni pretende normatizar; sólo se presenta hoy como posibilidad... y me gustaría además que ustedes la reconozcan como posibilidad femenina.

A pesar de lo artificial de separar el amor del erotismo y de la sexualidad, les hablaré primero del amor y después del erotismo y de la sexualidad femenina.

Es difícil hablar de amor, pues el amor no se deja hablar y la impotencia del lenguaje se encuentra en el centro mismo del amor; no se habla del amor sino “después de”... claro está que no me refiero al amor libresco, a ese amor que interiorizamos a través de nuestra educación, de la religión, de los libros de la escuela, del insípido amor del discurso de la televisión, de las radionovelas, de las fotonovelas, de las canciones de Julio Iglesias, del amor del cine comercial o de todo ese amor-condimento de la sociedad de consumo. Todas esas cosas del amor que terminan por confundirse con el amor a las cosas y por tener un rostro monstruoso reflejando posesión, consumo, celos, individualismo, dependencia, egoísmo y arribismo; ese amor - útil, ese amor capital, parágrafo del código civil, ese amor de revista *Cosmopolitan* que nunca se separa de las tarjetas de crédito, ese amor-receta.

No; hablo de esta revolución súbita, de ese cataclismo irremediable que sólo el lenguaje de los poetas, del inconciente, de lo imaginario, de la locura, puede acercar.

Hablo del amor que rechaza siempre un cierto orden establecido y del discurso que lo racionaliza, del que quebranta las leyes humanas porque el amor se encuentra siempre en el lugar de ruptura del orden social... el que aceptamos como el más grande albur de nuestras vidas sabiendo siempre que la muerte nos espera en la esquina; de ese amor aprendizaje y ejercicio de la libertad. El otro, el amor consumo, no es sino una mitología con sus amuletos y sus ritos destinados a conjurar el miedo a la soledad.

Pero para hablar del amor es necesario retroceder al principio y el principio es nuestra memoria, nuestra infancia, nuestro inconsciente, porque cuando nos encontramos con "ese otro para amar", tenemos ya una historia, otra historia de amor que no podemos borrar, que-rámoslo o no.

El amor es para el hombre el fantasma del re-encuentro con una madre, pero esta vez una madre no castradora ni posesiva; y para la mujer un encuentro con el sueño precursor del deseo. En este sentido estamos repitiendo de una manera u otra comportamientos que tuvieron origen en nuestra infancia y que dejaron un sello indeleble en nosotros. Allí probablemente está la clave para entender por qué los hombres temen tanto a las mujeres que aman, obsesionados por lo que les tocó vivir en su infancia, obsesionados por este primer amor a su madre en una sociedad profundamente machista que confió ambiguamente todo el peso de la educación y de la socialización a las mujeres... Miedo insostenible de sentirse de nuevo enclaustrados, atrapados por una mujer posesiva que los castraba de toda expresión de ternura, enseñándoles desde el principio a ser machos; y para ellos el amor casi siempre será nostalgia; y para nosotras, miedo a no ser lo suficientemente amadas y deseadas, reiterando también nuestra vivencia de un Edipo no satisfecho, puesto que no pudimos encontrarnos, o tan difícilmente a través del sueño de la madre, con un padre, único capaz de afirmar un narcisismo difícil de construir en una cultura fálica.

Si, ahí reside uno de los dramas del amor; allá en nuestra infancia, en la vivencia de nuestro primer amor. Us-tes los hombres con una mujer demasiado presente, nosotras las mujeres con un padre demasiado ausente, demasiado soñado. Drama, porque desde entonces no soportan el menor indicio de posesión, de exclusividad, de encierro... drama que los volvió mudos, como paralizados por una especie de miedo demencial a las mujeres que aman, como si las palabras los comprometieran demasiado. Drama que nos explica también, por lo menos en parte, por qué nosotras buscamos sin descanso su palabra tranquilizadora, que nos ayude por fin a sentirnos sujeto deseado; porque necesitamos explorar su amor, cuestionarlo sin cansancio, para reafirmar una identidad tan difícilmente construida y encontrarle por fin un valor a esta feminidad tan negada en un mundo hombruno hecho a la medida masculina.

Pero el amor es también cuando tengo ganas de dormirme en tus ojos, de acostarme en tu cuerpo, de buscar oxígeno en tus labios y de encontrarme en la soledad de tus huesos; deseos de que me ames con todos tus músculos, ganas de pasear en tu masculinidad cuando se vuelve femenina.

El amor es también cuando te basta abrir los brazos para que yo encuentre la medida de todo, de la ternura, de la sin razón, de lo imposible por fin posible; es cuando me basta seguir tu huella en mi piel para entender que el momento se torna eterno, cuando nos decidimos a vivir el presente, el instante, el ya.

El amor es también cuando quisiera alejarme de este camino tan difícil que hemos escogido; cuando todo lo que deseo es darte una cita en el centro, en esa esquina, ¿recuerdas?, como cualquier mujer enamorada, para comer un helado contigo y verlo derretirse como el mismo amor sin entender por qué y creer que mañana existe, y llenar mis días devastados de cotidianidad contigo, hacerte pequeños engaños bajo grandes promesas y decirte: "Tú siempre... yo nunca"... con un cierto guiño del ojo que niega lo dicho, ya que compartimos un lenguaje que no habla con palabras.

Pero no, tú eres hombre y yo mujer, y sabemos los dos que mañana es tan sólo una posibilidad y que el amor se



alimenta ante todo de presente, de honestidad y odia las promesas, los engaños y el calendario.

Entendemos que el amor es la revelación de la libertad ajena y como dice Octavio Paz, nada es más difícil que reconocer la libertad del otro, sobre todo cuando el otro es una persona que se ama y se desea. Amar es atreverse a querer al otro en su libertad y la única fidelidad que deberíamos aprender a exigir del otro es la fidelidad a él mismo. Es duro y largo comprender que sin riesgo no hay amor; es duro y largo comprender que el amor no otorga ningún poder, ninguna apropiación y aceptar que el cuerpo, los músculos, la piel, la biología están ahí ligando las caricias y se penetran; pero que la historia, el pasado y la memoria son impenetrables.

Sin embargo, ese aprendizaje paulatino del amor como reconocimiento inaplazable de la libertad del otro, significa también opción y escogencia; escogencia cuando uno reconoce al otro y a nadie más en el sabor de un presente fugaz; cuando uno siente frío al lado de los otros porque nuestra piel aprendió a tibiarse en el deleite de otra; cuando se puede nombrar al otro y sentir que es un acto de libertad. El amor enjaulado, encarce-

lado, se muere pues necesita que todos los posibles sigan presentes en cada momento. Elegir carecería de sentido si no se realizara cada mañana y dentro de los espacios ilimitados de la libertad.

Pero nosotras las mujeres sabemos por qué a los hombres les aterroriza escoger: les gusta demasiado seducir. Un ambiguo sentimiento de abandono les ha enseñado desde siempre que para poder reconocerse como hombres deben excluir, a como de lugar, la posibilidad de un "NO". Aprendieron a cubrir la desintegración de un rechazo con la capa de la seducción y con el dominio de las mujeres. En este sentido afirmo que los hombres no saben amar a las mujeres. Aún no. Las buscan, las desean, las seducen, las vencen, no las aman. Pero hombres, el día que acepten dejar tras de ustedes un poco de ese poder de seducción, seguramente fascinante, encontrarán entonces algo nuevo, todavía no imaginado porque no existe aún y es necesario que lo inventen. Algo para mí fundamental en ese cambio de nuestras relaciones mutuas: descubrirán simplemente la amistad. Entenderán entonces que las mujeres pueden ser amigas tuyas y no sólo espejos y objetos de sus deseos. Sí, cuando los hombres descubran el valor de la amistad de las mujeres, les aseguro que muchas cosas cambiarán.

Entre otras cosas eso significará para nosotras empezar a dejar de mirarnos como lo hemos hecho desde siglos, como posibles rivales, en lugar de descubrir la complicidad y la solidaridad. Por fin entonces saldremos de esa ambivalencia en la cual ustedes nos han encerrado siempre: no hemos podido ser sino puta o madre; putas o madres tuyas, pero nunca amigas tuyas. Dice Estanislao Zuleta que si los hombres no son capaces de encontrar en la mujer la amiga, ella nunca dejará de ser santa o puta, imagen de la vida o imagen de la muerte, imagen de la luna inaccesible o imagen del abismo.

Finalmente es difícil hablar del amor sin hablar del desamor, o de la muerte del amor. Es como la vida que no se deja hablar sin su contrario necesario, la muerte. El amor, como todo lo que es vital, muere y ésto es necesario aceptarlo a pesar de la enorme dosis de dolor que representa ese desamor; ese largo y oscuro túnel del cual nos tocará salir sin odio, sin amargura... sabiendo que ese dolor de hoy será el único testigo de nuestro amor, el único que nos otorga el derecho de hablar de él; como lo expresaba al principio, siempre se puede hablar del amor "después de"... y como siempre encontramos un sabor de muerte en el más grande de los amores, encontramos también una luz en el fondo del más oscuro túnel. Es difícil aceptar eso a los 20 años, es de una evidencia transparente a los 40.

Si, el amor es difícil y exigente porque se alimenta de inteligencia, de deseo y de tiempo para el otro, tres brebajes que no pueden mezclarse sin una enorme dosis de ternura; disponibilidad, inteligencia, deseo sobre una playa de ternura... Mezcla misteriosa, clave para descii-



frar la única sintaxis que le conozco al amor: honestidad y entrega al otro y fidelidad a sí mismo. El amor es la pérdida total del miedo dentro del más grande riesgo.

Sexualidad y Erotismo, dos palabras que nos ayudarán a ser hombres y mujeres, dejando definitivamente detrás de nosotros el macho y la hembra, y que nos hacen descubrir con asombro conceptos que nos pertenecen a pesar de siglos de represión y de control, conceptos tales son deseo, placer y lenguaje.

Sí, definitivamente no es un tropismo que gobierna nuestros amores como en los peces y específicamente los salmones, que un buen día suben el río y de manera perfectamente civilizada, dice Lacan, "hacen el amor" y realizan así una relación perfecta.

Lo nuestro, nuestra sexualidad, mediatizada por el deseo, el cual a su vez se instaló en el corazón del lenguaje, entre la cosa y el sujeto, es mucho más compleja que cualquier tropismo; tan compleja que casi siempre nuestros amores serán pequeñas catástrofes o tendrán un matiz fatal; pues el deseo no se refiere realmente al objeto amado por ser expresado por el fantasma, esa imagen-soporte que es la equivalencia del deseo del otro. Así el otro, para el ser hablante, es el otro del deseo, y no el otro que creemos amar, y así hemos formado una sexualidad llena de sorpresas, de dolores y de desconciertos; pero también cuando logramos dejar jugar nuestros fantasmas mutuos y aceptamos que nuestra relación amorosa, nuestra sexualidad se inscriba en un campo semántico, aparece el placer como algo no orgánico, sino cultural.

O sea que con esas afirmaciones quiero dejar en claro que la sexualidad es difícil y que se acerca a una "no-relación", pues no existe objeto para mi deseo, pero también deseo dejar un instante el intento de explicación para ubicarme en lo vivencial de la sexualidad, y del lado femenino.

Les contaré entonces como nosotras las mujeres sabemos asombrarnos y maravillarnos del hombre, de lo masculino. Conocemos su valor, quiero decir su sabor. Y cuando ustedes los hombres dejan de jugar a la guerra, a la seducción, cuando están dispuestos a dejar un momento su arsenal mortífero y su demostración de actos en los cuales ya nadie cree, pero todos hacemos "como si" para no desordenar este mundo; cuando aceptan acompañarnos en el silencio mismo de la vida, entonces ustedes y nosotras, hombres y mujeres, sabremos sorprendernos mutuamente de nuevo.

Sí, cuando dejen de mirar su sexo erecto como única promesa para nosotras, cómo única confesión de su hombría, como único futuro, entonces empezaremos otra vez a creer en lo imposible. Y me pregunto, cómo han podido dudar tanto de sí mismos como hombres, para colocar todo el contenido de esta palabra "hombre" tan inmensa, tan bella, tan redonda, tan plena, en la sola punta de su sexo; ahí abajo de su vientre, como si fuera

lo único seguro que tienen. ¡Por favor!... Si supieran como a veces nos arrancan sonrisas nostálgicas de compasión ... si supieran como nosotras las mujeres vemos las cosas bajo otro ángulo... tal vez porque los vemos de frente...

Entonces permítanos decirles que su sexo erecto no es el fin del mundo. Y si nosotras sabemos todavía y a pesar de todo, maravillarnos y sorprendernos de su verticalidad, les aseguro que no es por las mismas razones de ustedes. Nosotras amamos su sexo cuando lo llenamos de semántica porque entendemos que eso es lo que nos hace distanciarnos del macho y la hembra y de los peces. Nosotras las mujeres amamos su sexo por nuestra formidable capacidad de felicidad, por nuestra posibilidad de crear lenguajes, espacios simbólicos, por nuestra escogencia primordial de lo vivo, lo caliente, lo significativo.

Y es cuando quisiera poder decirles las cosas con mis ojos, con mis manos, mi boca, mi nariz, mi piel, abolir la explicación, el análisis, las palabras que, al mismo tiempo que me dieron la conciencia que tengo del mundo, me distanciaron de él.

Amamos su sexo porque nos pide toda nuestra atención, nos hace tomar conciencia de nuestra otra forma de habitar el mundo a través no sólo del verbo sino sobre todo del ver, tocar y saborear; porque a través de su tibieza, de su sabor a tierra salada, tierra-mar, de su textura movable, elástica y sorprendente, sentimos que existimos por fuera de los límites del saber clásico o formal, dejándonos aprehender toda la inmensidad de nuestras posibilidades de vida.

Quisiera ser capaz de explicarles cómo es el olor, la caricia y el sabor para que entiendan cómo es el deseo femenino. Nuestro deseo no se parece al deseo masculino; no puede parecerse; el nuestro tiene una historia y un pasado tan corto, un inconsciente tan distinto. Entendemos que el deseo masculino es una especie de pasaje fugaz de la vida a la muerte, siempre termina en la muerte y está asociado a potencia; como si este deseo masculino no supiera, no conociera la inmensidad de lo que penetra, la profunda materia de lo que atraviesa, el acogimiento, el calor y el infinito saber de ese pozo femenino en el fondo del cual siempre deberían encontrar la vida como una luz, y no la muerte.

Ciegos. Hombres ciegos. Como si por haber colocado todo el contenido del deseo en la punta de su sexo, no fueran capaces de ver más allá. No les reprochamos la virilidad de su deseo. Les reprobamos la ceguera y la sordera hacia la feminidad del nuestro.

Por eso les hablo del deseo femenino. Cómo es exquisito, dulce y vital para nosotras detener el tiempo por un momento, quedarnos sin afán al lado del objeto de nuestro deseo, mantenernos en vida en el deseo mismo. Sabemos, porque lo hemos aprendido, que la posesión, además de su sabor a muerte, es irrealizable. Entonces tratamos de olvidar todo lo que nos enseñaron, todo lo

que nos contaron y todo lo que leímos sobre el sexo, la sexualidad, el amor y el cómo hacerlo. Sí, para encontrar otro lenguaje es preciso desechar lo que nos contaron los gringos en sus bellos manuales ilustrados y llenos de estadísticas, que pretenden hacer de la sexualidad otra mercancía y enseñarnos a gozar como ellos lo decidieron para el mundo entero. En este sentido nunca he creído en la educación sexual sino en un aprendizaje del deseo y del placer, porque la sexualidad se inventa en cada momento y ningún manual podrá nunca hacer el inventario del juego infinito de nuestros fantasmas y del sabor de nuestro deseo. Inclusive creo que esta educación sexual a la Master y Jhonson, llena de curvas, promedios, mesetas, estimulaciones vaginales y frías definiciones del orgasmo, no puede sino provocar una especie de enfrentamiento sexual violento dando a las mujeres una verdadera obsesión del orgasmo, como si fuera una reivindicación más de un pliego de peticiones; y estoy segura que este nuevo discurso erotológico que propone una serie de técnicas de entrenamiento, es una resistencia a la comprensión de lo que es la relación entre los seres humanos, relación para la cual la sexualidad no es sólo placer orgánico, tumescencia, relajamiento muscular y orgasmos... al lado de esta organicidad está el misterio del lenguaje y del inconsciente. Es por eso que como lo recomienda Françoise Dolto (1983) en su libro "La sexualité féminine", hay que desconfiar de la sexualidad pues la sexualidad es consciente. Es la libido que es inconsciente y es de ella que trato de dar cuenta. Es fácil hablar de la genitalidad, no lo es hablar de este otro lenguaje, resultado de nuestra memoria, nuestras fantasías, nuestros inconscientes; este otro lenguaje gracias al cual justamente la genitalidad abandonó el espacio reducido y finito de nuestros órganos genitales para instalarse paulatinamente en toda nuestra piel y pasar de una sintaxis sexual que compartimos con los primates y hasta con los salmones, a una verdadera semántica sexual.

Ya no hablo de "hacer el amor", sino de vivir el amor. No hablo de consumir al otro, hablo de contemplar al otro. Lo contrario de una sociedad de consumo es una sociedad de contemplación, es decir de desposesión. Sí, es un lenguaje que necesitamos encontrar juntos...

Y cuando los miramos, les hablamos, los escuchamos, sentimos a veces con tristeza que nos quieren encerrar en sus límites, en su soledad de hombres. Amos y rectores del quehacer humano, saben construir potentes máquinas, saben hacer la guerra a la mitad del planeta, construyen armas llenas de veneno, incendian pueblos, arrasan bosques, abren desiertos, cambian el humus de la tierra por cemento, disponen misiles en las cuatro esquinas del mundo, escriben discursos, redactan leyes, pero a la hora de la verdad, a la hora de encontrarse consigo mismos a través de un abrazo amoroso, no encuentran sino la muerte, siempre la muerte... Una vez me ex-

plicaron que el hombre que goza es un hombre que muere, privado de la exhibición tangible de su virilidad, encuentra la angustia de su indeterminación. Lástima, porque su sexo, cuando no le imprimen su ideología de poder y muerte, tiene posibilidades ilimitadas que nosotras las mujeres sabemos encontrar; nosotras encontramos en el sexo masculino las huellas de sus amores pasados, sus decepciones, nostalgias e ilusiones... Pero encontramos también todos los goces de la vida y entre otros, la caricia que llena nuestra piel de significaciones, que hizo de ella una playa simbólica y no sólo un receptor nervioso de señales; la caricia que nos enseña el lugar de nuestra confusión, el olor, el sabor del sexo masculino que significa para nosotras una vuelta hacia la memoria del mundo cuando éramos grandes peces, torpes, llenos de escamas, salados y sorprendidos con el encuentro de la arena tibia a la salida del mar. El sexo masculino es marino; y cuando no le imponen sus fronteras, sus ideologías, su masculinidad, sentimos por fin que la utopía sabe a posible. Nosotras sabemos que su sexo antes de ser masculino es símbolo, es vida, y en ese sentido es también femenino; y es tan bello cuando se vuelve feme-



nino... O sea cada vez que no tiene por único fin la penetración y el poder; cada vez que se deja invadir por la vida, que es capaz de reír de sí mismo, de rechazar la terrible angustia que lo invade cuando no responde como previsto, cada vez que nos dejan enseñarles otras posibilidades.

Nuestra boca es un rincón mágico, nuestra lengua sabia, nuestras manos inteligentes y generosas, nuestra infancia demasiado corta, nuestras posibilidades lúdicas infinitas, y no necesitamos su sexo erecto para maravillarnos del hombre. Ahí está el verdadero aprendizaje del amor. Ahí en ese asombro de estar juntos, de saber que los dos somos por fin esta imagen reunida del hombre-mujer, de entender entonces la magia del silencio o de la palabra.

Sí, definitivamente olvidémonos un rato del orgasmo e inventemos nuestro orgasmo; sólo así cobrará su verdadero sentido subversivo y libertario; pero para descubrir esto nos toca dar muerte definitiva a los héroes; detestamos los tecnólogos del sexo, los berracos del sexo, los super-machos del sexo, los super-sexos, los brutos, los torpes, los afanados. Detestamos los distribuidores automáticos de orgasmos, los orgasmólogos, las máquinas de muerte, los asesinos de la vida, de la sexualidad, de la libido, del hombre. Amamos la vida y a través de nuestro deseo, es ella a quien amamos.

Ustedes nos dicen "te amo" cuando nos buscan, nos desean; nosotras les decimos "te amo" cuando nos hacen profundas y nos hacen sentir nuestra tenaz complicidad con la vida. Lo nuestro no es una eyaculación, es algo más misterioso y profundo. Cuando nos habitan, entonces nos volvemos mujer-hombre; ese todo reencontrado a través de este acoger, de esta dilatación rítmica y musical en la cual toda división se pierde, en la cual ya no sabemos dónde empieza la piel de una y termina la piel del otro; desaparecen los límites y nace de nuevo esa simbiosis esencial de todo principio de vida, cuando nuestras células no eran todavía femeninas, ni masculinas, sino vida, sólo vida... Entonces es cuando entendemos que el acto sexual es el que reconcilia todos los momentos, que unifica todo lo que es fragmentario, disperso, confuso, limitado, roto... ese "acto" que puede ser "no acto" sino lenguaje, caricia, música... Por eso detestamos también su retirada violenta de hombre satisfecho y a la vez muerto que vuelve a separar todo lo reunido... Hombres, dejen el afán, tienen una eternidad adelante para dormir y estar solos; dejen ese disfraz de "hombre Marlboro", ese macho de las cabalgatas que toma decisiones rápidas y que nosotras las mujeres, odiamos. Reconozcan el instante y háganlo durar. El afán es el Barba Azul del erotismo.

Entiendan que no tenemos ganas de seguir aprendiendo a morir con ustedes. Lo que queremos, lo que anhelamos es encontrarnos con la risa, con el deseo feliz, con las cosas ricas de este mundo desencantado, con una

cierta ternura impulsiva que nos gusta, que amamos profundamente. Tal vez a través de su sexo lo que queremos, ante todo, es encontrar por fin el lugar de nuestras verdaderas nupcias.

F. Th.



Bibliografía

- DOLTO, Françoise: *Sexualité Femenine*. SCarabe, París, 1983.
 PAZ, Octavio: *Cuadrivio*. Editorial Joaquín Mortiz, México, 1972.
 LACAN, Jacques: Citado en "Ce n'est pas le tropisme qui guide nos amours", Maurice Mosh Krajzman. *Le journal des Psychologues*, No. 42, Nov. 1986, p. 27



La autora es psicóloga de la Universidad de París, en donde hizo una maestría en Psico-sociología. Es profesora asociada en la Universidad Nacional (Dpto. de Psicología) y autora del libro *El macho y la hembra* publicado por la Universidad Nacional, Bogotá, 1985.